

del estudio de la literatura, este volumen también funciona como un compendio de textos de la tradición oral mexicana. Por otra parte, al final de la colección se incluye un apartado bibliográfico de las obras consultadas por todos los autores. De esta forma el lector puede satisfacer su deseo de estar en contacto con las muestras vivas de la tradición y con una variedad nutrida de literatura secundaria, que resulta sumamente útil si es que uno quiere profundizar en el estudio de la tradición oral de México o en general.

En suma, este volumen se centra en el estudio de varios personajes de la tradición oral mexicana. Gracias al análisis de los autores, es posible conocer el desarrollo de éstos a través del tiempo, de distintas latitudes y de varios géneros. Se resalta el entrelazamiento de creación y realidad de los textos orales, así como su capacidad y función de reforzar los lazos comunitarios. Esta colección de textos, por su estudio y apreciación de la tradición, recuerda que mientras la Historia esencialmente inicia con la diferenciación entre presente y pasado, la tradición constantemente actualiza el pasado y catapulta lo anterior al presente reciente, como apunta Eric Méchoulan siguiendo a De Certeau. Por medio de estas páginas podemos mirar hacia atrás con la conciencia de que todo lo que nos rodea está impregnado de ese pasado que se renueva constantemente.

ADAM VÁZQUEZ

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

María Jesús RUIZ. *El mundo sin libros. Ensayos de cultura popular*. Navarra: Lamiñarra, Navarra, 2018; 256 pp.

*El mundo sin libros. Ensayos sobre cultura popular*, de María Jesús Ruiz, es una colección de textos cortos que explora varias manifestaciones de la tradición, de manera accesible, sin por ello dejar de lado el rigor académico o la erudición filológica. Inicialmente estos textos fueron publicados en el sitio de internet

*CaoCultura* (<http://caocultura.com/>) para un público general que tuviera interés por el saber tradicional. Escribe M<sup>a</sup> Ángeles Robles, responsable del sitio web, en la pequeña introducción del libro: “en *CaoCultura* insistimos en desvincular[nos] de la actualidad, porque realidad y actualidad tienen poco que ver la mayoría de las veces” (11). El énfasis en la realidad atraviesa patentemente los textos del libro: por un lado, esta colección se propone colocar las manifestaciones artísticas tradicionales en su justo lugar, de ahí que el libro se presente con el paradójico nombre de *El mundo sin libros*, porque se habla de esos conocimientos que no se aprenden en la escuela sino en la vida diaria, y, por otro, da cuenta de cómo la cultura popular se filtra y llena todo resquicio posible para revelarse como un tamiz que cerne la realidad. En esta reseña abordo el libro a través de los siguientes ejes: el tiempo, el espacio, los distintos soportes de la cultura y la manera en que la tradición nos ayuda a ver los fenómenos del presente.

La cuestión del tiempo tiene que ver con varios tipos de división del calendario: desde las estaciones hasta los días específicos en que se celebran las fiestas religiosas. Señala, por ejemplo, que: “los refranes, conjuros, plegarias, retahílas, dichos adivinatorios y demás pedacerías poéticas de la tradición oral referidas al tiempo [...] han nacido de esa observación ajena al tiempo (el del reloj) a la que hoy solo unos pocos valientes se atreven” (21). Hay mucho que desgranar de esta aseveración. Da cuenta de un repertorio de “pedacerías poéticas”, que son los vehículos de la tradición oral, además de establecer un contraste fundamental con el reloj: lo que nos da a entender que la sabiduría contenida en esos versos es una anterior a este, una que nació con la palabra misma. Por lo mismo, las analogías que se establecen con los hechos observables no tienen que andar al ritmo de las formas contemporáneas de producción de conocimiento. En esta esfera del pensamiento vamos de las nubes a los pájaros por medio de metáforas para codificar y decodificar la realidad: “El viento modela / pájaros de espuma / que se vuelven lluvia / cuando se despluman”, una de las adivinanzas que recoge este libro.

Quienes recordamos al prisionero que se lamenta en mayo de su soledad “cuando los enamorados van a servir al amor” leemos con gusto la exposición minuciosa de las características asociadas al mes de mayo y las razones detrás de estas asociaciones. Desde la *Floralia* romana, pasando por el calendario presente en el *Libro de Alexandre* “Sedié el mes de Mayo coronado de flores” hasta el *Romancillo de mayo* de Miguel Hernández en que el amor “ronda establos y pastores, / ronda puertas, ronda camas, / ronda mozas en el baile / y en aire ronda faldas”, nos sumergimos en la vastedad de ejemplos en que la tradición se ha encargado de amalgamar la fecundidad, el erotismo y la renovación de la vida.

En cuanto al espacio, no me refiero a grandes extensiones territoriales. Aquí vamos a hablar, por ejemplo, de los lavaderos que estaban en cuevas, cantoneras, acueductos, pozos, estanques, etc. Mientras leemos los elementos necesarios para lavar la ropa: agua, piedras, jabón fabricado con tocino rancio o aceite, sosa cáustica y quizá alguna yerba como el tomillo o el romero para darle aroma, y, en los lugares fríos, ceniza, también nos enteramos de que hoy los lavaderos son considerados bienes etnológicos de interés patrimonial. Esto se debe, nos dice la autora, a que son espacios que evidencian, a partir de las necesidades, la respuesta humana al entorno; cómo este es moldeado y cómo los lavaderos hacen lo que la agricultura con los cereales: domesticar el agua. A su vez, los lavaderos eran espacios femeninos de socialización donde se conversaba, se cantaba, donde lavar se convertía en una serie de acciones mecánicas a la manera de un ritual, y como tal, suspendía el tiempo. A pesar de la imagen bella, no se idealiza la labor femenina al grado de desconocer su contexto. La autora cita a José Saramago cuando escribió que las conversaciones de mujeres mueven al mundo y lo refuta con una copla: “eras tú la que decías / ayer en el lavadero / que te casabas conmigo / y eso será si yo quiero”. Un poemita que refleja una cultura en que mientras las mujeres lavaban y hablaban entre ellas, los hombres “decidían la suerte de todos” (47).

En cuanto a los soportes y medios de reproducción de la cultura, abre la colección un texto que comparte título con el libro.

Aquí me encontré en desacuerdo con la autora cuando afirma que fue la imprenta la que escindió la sociedad inevitablemente entre quienes sabían leer y quienes no tenían acceso al libro impreso, y con ello, se empezó a tener a la cultura libresca en mayor estima que a la oral. Puede ser una nimiedad, porque es cierto que la cultura escrita reformó todas las estructuras y jerarquías, desde lo legal hasta lo poético; sin embargo, el paso de lo oral a lo escrito antecede a Gutenberg, y la escisión entre quienes ni escriben ni leen y los que sí, existía en la Edad Media. Brian Stock en su estudio sobre la escritura en los siglos XI y XII señala que el *preletrado*, de pronto es redefinido como *iletrado* (o analfabeta) y su vida es progresivamente afectada por quienes sí leen y escriben. Pero esta salvedad no es obstáculo para el entendimiento del libro que nos ocupa, ya que, ante todo, es una vindicación de la cultura oral, tradicional, patrimonio de todos. En este primer texto se hace explícita la paradoja del título *El mundo sin libros*, pues aquí se utiliza este soporte para “conocer lo que nunca estuvo en libros, quizá para recuperarlo” (16).

Bajo esta premisa, es comprensible la lamentación de la autora sobre la pérdida inevitable del Ratón Pérez. Producto de una tradición que daba por colgar en el cuello o la cintura de los niños unos amuletos que consistían en las mandíbulas de ratones y ardillas, es decir, roedores que mientras estén vivos no tienen más remedio que limar sus dientes, para que así los niños crecieran con dentaduras sanas, el Ratón Pérez ve amenazado su lugar en el imaginario gracias a la intromisión de la cultura anglosajona y su Hada de los dientes, o bien, porque el Ratón Pérez cuando es representado, termina siendo reminiscente del ícono de Disney, producto que las “paternidades mcdonalizadas”, como las llama la autora, son más proclives a asimilar a través del consumo.

Entre disneys y mcdonalds llegamos a la cultura de masas, ésa que, aunque parece homóloga a la tradicional porque es compartida por todos, difiere en que es producida *para* todos en vez de *por* todos. Como dice Umberto Eco, al integrado poco le preocupa quién la produce, pues se inclina por pensar que la cultura de masas amplía el espectro cultural lo que es, según él o ella,

necesariamente beneficioso. Pero aquí no hay ni apocalípticos ni integrados, porque como hemos visto, esta colección es exactamente lo opuesto de una defensa de la alta cultura, a la vez que tampoco es una celebración de la cultura pop. Por ejemplo, denuncia la presencia de versos de Machado, de Góngora, de Lope de Vega en marquesinas, autobuses, pantallas, redes sociales, etc. No lo hace desde el recelo conservador de la cultura elitista, sino porque ve detrás de ese ímpetu aparentemente democratizador, la banalización de la literatura, “la institucionalización del grafiti” (209), escribe la autora. Señala en el texto “Pantallas literarias” que el nuevo alcalde estableció que las pantallas nunca serán instrumentos de la propaganda. Con esto revela el alcalde que no sabe (en el mejor de los casos) que un mensaje político explícito y fácilmente identificable es menos nocivo que la literatura fragmentada, desprovista de su contexto, presente en fondos ridículos como frases de superación personal, porque esa dinámica simplifica y esteriliza a los autores. Difícilmente estos versos usados como eslogan han generado un nuevo lector de poesía. En cambio, nos devuelven individuos satisfechos porque han podido reproducir sin actitud crítica una serie de palabras que no entienden, porque no conocen el contexto que los dio a luz.

No quisiera terminar esta reseña sin mencionar que este libro en varios niveles ejemplifica la importancia de conocer la tradición en la que estamos inmersos. Es innegable que las canciones tradicionales son un repositorio inabarcable en cuestiones de género. Se ponen en contraste canciones que tienen como tema el uxoricidio debido a cuestiones de honor con la Ley Integral contra la Violencia de Género. Señala la autora que es común que la buena voluntad de la legislación se encuentre mucho más adelante que la moral social. El uxoricidio, comenta, hasta 1963 en el código legal estaba presente como “privilegio del marido matador” (54) y sigue siendo una práctica juzgada como más o menos legítima. Esto en una sociedad cuyos modelos para las mujeres tienen en un lado del espectro a la virgen María y del otro a la mujer salvaje. Mientras esta última tiene como antecedente antiguo a las sirenas, mitad humanas mitad monstruos, que hacen

que los hombres pierdan el rumbo y la vida, la Virgen María encuentra sus virtudes en hondas paradojas, parir sin dolor y sin necesidad de coito, es decir, maternidad y castidad son elevadas como características femeninas deseables. Por medio del análisis que la autora hace tanto de las canciones que acabo de referir, como de los ejemplos de la Virgen y de la mujer salvaje, se nos presenta una realidad compleja a la que hay que atender con conocimiento de causa. Si se entiende a la sociedad a partir de la cultura que la ha formado y sus productos específicos, se podrá hacer un diagnóstico informado de cómo dismantelar las estructuras que sostienen la injusticia. Al preguntarse qué es la cultura del honor, se responde que casi podría identificarse con la cultura popular, porque así de profundamente arraigada está.

Este libro está lleno de análisis de tantos aspectos de la tradición, que más que intentar abarcarlos todos, preferí dar varias muestras del contenido y llamar la atención sobre algunas de sus características para que el lector pueda hacerse una idea general de la obra. Es imposible leerlo sin aprender y reflexionar en todo lo que hay detrás de cada uno de los elementos tratados: desde el columpio hasta los dedos de la mano. Nos ayuda a reconocer la identidad de cada comunidad que se hace patente en las variaciones de una misma composición poética, así como la historia compartida que las une, tantos a las composiciones como a las comunidades. Nos recuerda casos como el José Moreno Villa que nació en España y cuando se radicó en México trajo consigo los saberes que se vertieron en *Lo que sabía mi loro*. Este libro hace patente que hay palabras para todo aquello en lo que podamos posar la vista o para lo que podamos imaginar, y si hay palabras, hay una historia detrás que nos explica cómo es que llegó a ser lo que es. A fin de cuentas, así como la misión del sitio web que albergó por primera vez estos textos, se puede decir que *El mundo sin libros*, sin tocar la actualidad, de lo que verdaderamente nos habla es de la realidad.

ADAM VÁZQUEZ

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM